

Memoria y tradición: dos recursos para la construcción de las identidades locales

PATRICIA SAFA BARRAZA*

A la memoria de don Margarito Ramírez Luna

Introducción

Los Reyes, Coyoacán, D.F., en el nombre de Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo. Escribo esta historia de mi pueblo Los Reyes, Coyoacán, para que todos los niños y jóvenes, y todos los devotos, sepan la historia del pueblo de Los Reyes y del Señor de las Misericordias, para que sepan defender (las tradiciones) a como dé motivo y no se dejen engañar por nadie (*Historia del pueblo de Los Reyes, Coyoacán, D.F.*).

Don Margarito Ramírez Luna escribió, un poco antes de su muerte, una historia de cómo era el pueblo de Los Reyes cuando era niño. Su intención fue comunicar una experiencia de identidad personal y colectiva: “para que las nuevas generaciones sepan...” y “para que defiendan (las tradiciones) a como dé motivo”. Como en toda historia, el autor destaca los elementos y momentos que considera significativos del pasado de Los Reyes. La historia oral, las memorias personales y los testamentos han sido de interés para antropólogos e historiadores como medios privilegiados para acercarse al estudio de las sociedades y grupos sociales que no han tenido una voz propia en la Historia (véase Portelli, 1981 y Rosaldo, s/f), pero también por su valor etnográfico pues nos permiten

acercarnos al estudio de “cómo la gente interpreta sus vidas” (Rosaldo, 1986: 97), “se ven a ellos mismos” (Myerhoff, 1982: 103) y se “imaginan lo que son o desean ser” (Basso, 1983: 19). Es decir, representan un recurso privilegiado para acceder al proceso donde se construye el sentido, se organiza el mundo y se establecen las normas y valores que orientan el comportamiento individual y colectivo.

Los recuerdos, en momentos de reflexividad individual o colectiva, son representaciones de modelos culturales a los que se recurre en este proceso de búsqueda de significados. Como señala Victor Turner (1986: 33) el significado emerge cuando “se unen lo que la cultura y el lenguaje han cristalizado del pasado con lo que sentimos, pensamos y deseamos en el presente”. Los testimonios escritos, como esta historia de don Margarito, buscan ser formativos pero también explicar la realidad. Las identidades locales son producto de una construcción social y cultural intencionada, *invenciones*,¹ que usan el pasado como referencia pero que se escriben para responder o explicar situaciones en el presente. Este tipo de narraciones, al igual que el ritual, responden a una clase especial de experiencia, la reflexiva,² que supone la ruptura con la vida diaria ya que se distinguen de ella, citando a Victor Turner (1986: 35) “como una piedra en un jardín de arena Zen”. En este sentido, y como lo afirma Renato Rosaldo (1986), las historias

* Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social-Occidente.

¹ Invenciones en el sentido que le da Eric Hobsbawm (1983: 1), como “conjunto de prácticas, normalmente reguladas por reglas tácitamente aceptadas y de naturaleza ritual o simbólica, que busca inculcar ciertos valores y normas de comportamiento por repetición, que automáticamente supongan continuidad con el pasado”.

² Barbara A. Babcock (1980: 2) define la reflexividad como la capacidad del lenguaje y del pensamiento —y de todo sistema de significación— de pensar sobre sí mismo y sobre los otros para comprender y ajustarse al proceso social, modificar el

donde se narra la identidad no buscan reconstruir hechos reales sino dar significado a la vida y al mundo (véase p. 97). Los efectos que estas historias pueden generar no se explican por la capacidad, en este caso de don Margarito, de reproducir con exactitud los hechos del pasado, sino por la autoridad que sustenta el narrador en la comunidad. Don Margarito fue, cuando escribió su historia, una de las personas mayores de la comunidad pero, además, un antiguo mayordomo de gran prestigio y, durante varios años, representante de la comunidad ante las autoridades delegacionales. Su biografía se entrelaza con la historia de Los Reyes y con el proceso de relación, negociación y lucha de la comunidad con el exterior.

Escribir sobre el pasado es una forma de crear y recrear la identidad del grupo. En este sentido es una construcción social “intencionada e histórica” (véase Díaz Cruz, 1993: 69). Don Margarito escribió para las nuevas generaciones que no saben cómo vivía en épocas pasadas la gente del pueblo de Los Reyes; en la actualidad, ya no se trabaja en lo que solían trabajar, han llegado nuevos vecinos, la propiedad de la tierra está cambiando, se ha transformado la fisonomía del pueblo y los nuevos habitantes no conocen o comparten las tradiciones locales. Don Margarito recurre al pasado en la medida en que los cambios han afectado los elementos centrales de la identidad local: parentesco, propiedad de la tierra y tradiciones locales. La nostalgia es uno de los sentimientos presentes en estos viajes, sin embargo, la intención del autor no fue recrearse en el pasado para añorar un tiempo mejor que ya no existe, sino recordar el origen de la comunidad y las tradiciones para crear y recrear en el presente la identidad local.

Las identidades sociales se transforman con el tiempo. Los habitantes del pueblo de Los Reyes han sido testigos activos de los cambios en su comunidad. Dadas las características de las relaciones de poder en la toma de decisiones sobre la direccionalidad de estos cambios, cuando se busca recrear el pasado, predomina un discurso de pérdida. Las relaciones difíciles que la comunidad ha mantenido con las autoridades de la delegación, con las compañías inmobiliarias o con los nuevos habitantes que se han establecido en su territorio han alterado no sólo la fisonomía del lugar sino también las relaciones sociales del grupo. El crecimiento de la mancha urbana de la Ciudad México y las presiones del mercado del suelo urbano provocaron que Los Reyes dejara de ser un pueblito rural y se convirtiera en un barrio de la ciudad de México.

En este contexto es donde se vuelve comprensible la intención del autor, así como la estructura y organización del texto.

La historia de don Margarito, si bien es una narración que puede leerse y entenderse en sí misma, se enriquece cuando se lee a la luz de otras voces y narraciones que la complementan, comentan o matizan. Como señalan Edward Bruner y Phyllis Gorfain (1983: 56) este tipo de historias que buscan “representar” la identidad, hay que leerlas como textos que dialogan con otras voces también interesadas en comunicar símbolos de identidad y pertenencia. En el análisis, por lo mismo, se buscará establecer un diálogo entre esta historia y el contexto social al que pertenece, con otra historia que el mismo don Margarita escribió sobre el origen de la Fiesta del Señor de las Misericordias, y con algunos testimonios que se obtuvieron durante el trabajo de campo en el pueblo de Los Reyes.

De un pueblo rural a una zona urbana de la Ciudad de México

Hace sesenta y cinco años el pueblo era muy pedregoso. Sus casas estaban techadas de zacate de amanil y tejamanil. Unas cuantas casas eran techadas de aterrado el cual estaba techado de mucha madera y una tendida de texontla y hierba encima, por último, mucha mezcla. Los habitantes de dicho pueblo eran la cantidad poco más o menos de cuatrocientos habitantes. Las calles estaban en medio de acalotes de cada lado. El pueblo se reconocía desde el puente de La Candelaria. Allí siempre se ha recibido a la imagen del Señor de las Misericordias (*Historia del pueblo de Los Reyes, Coyoacán. D.F., cont.*).

El pueblo de Los Reyes es un pueblo que existía antes de la llegada de los españoles a Tenochtitlán. Durante la Colonia formó parte de la Jurisdicción de Coyoacán que pertenecía al Marquesado del Valle (véase García Martínez, 1969) y fue uno de los muchos pueblos destinados para la vivienda de la población indígena de la región. En el siglo pasado, durante la Reforma, cuando se abolió la propiedad comunal y se expropiaron los terrenos de la Iglesia, Coyoacán era ya un municipio autónomo compuesto por haciendas y poblados, cuya actividad principal era la agricultura y la ganadería. A partir de 1928, Coyoacán se convirtió en una de las delegaciones del Distrito Federal. Sin embargo, no fue sino hasta 1950 cuando, tanto la Villa de Coyoacán —cabecera municipal—, como el Pueblo

comportamiento futuro y, de esta manera, transformar el proceso social mismo. Desde su punto de vista, esta reflexividad es lo que convierte a la experiencia significativa, por ejemplo recordar y escribir sobre el pasado.

de los Reyes, se fueron incorporando paulatinamente a la mancha urbana de la ciudad de México. Esto fue posible gracias a la desestructuración de las actividades económicas locales (el comercio de productos agrícolas, entre otros).

Los Reyes en ese tiempo eran un Xochimilco chiquito pues había mucho pescado chico y grande. Había también mucha fruta como zapote blanco, tuna tapona, tuna blanca y tuna roja que daba un nopal que se llamaba chamaquero. Había membrillo de los dos, melocotones, manzana, perón y pera. En ese tiempo nuestras abuelitas llevaban a vender todo esto al mercado de Mixcóac. También se sembraban mucha verdura y muchas flores (*Historia del pueblo de Los Reyes, Coyoacán, D.F., cont.*).

En periodos anteriores a 1950, Coyoacán y sus pueblos habían logrado mantener una relativa autonomía frente a la ciudad central. Los establos, las huertas de árboles frutales, los sembradíos, los manantiales y arroyos eran parte del entorno de la región. Los campos de cultivo eran las fronteras que separaban físicamente a Los Reyes, y a Coyoacán en su conjunto, de la ciudad de México, aunque la gran ciudad constituía el mercado natural y tradicional de sus productos. La agricultura desapareció cuando los pozos y manantiales de agua se desviaron para satisfacer las necesidades de agua de la ciudad central. En este proceso la ocupación de la población comenzó a cambiar (véase Aceves, 1991).³ El comercio, los servicios y la industria habían sustituido a la agricultura como actividad principal y los medios de transporte y comunicación con el centro se fueron mejorando. A partir de este momento los barrios y pueblos de Coyoacán se convirtieron en zonas de crecimiento urbano.⁴

En la década de 1950, los terrenos comunales de Los Pedregales, que pertenecían al pueblo de Los Reyes, terrenos inhóspitos por la composición del suelo y que se utilizaban fundamentalmente para la recolección de productos silvestres y para la alimentación de ganado menor, fueron ocupados, por invasión, por sectores populares que buscaron urbanizar el lugar para construir sus casas (véase

Safa, 1992). En los últimos diez años, sin embargo, el pueblo ha sufrido una segunda pérdida. La cercanía del poblado a la Villa de Coyoacán lo ha convertido en un lugar atractivo para la inversión.

La Villa de Coyoacán, junto con algunos barrios y colonias contiguas, forman parte de lo que se denomina Centro Histórico. Esta zona de la delegación mantiene una fuerte identidad urbana que la distingue de otros lugares de la ciudad. Su arquitectura colonial le da un carácter de provincia muy apreciada por los habitantes de la gran ciudad. A su vez, desde el siglo pasado, ha sido un lugar para la vivienda de intelectuales, políticos y artistas de renombre nacional e internacional como Francisco Sosa, Diego Rivera y Frida Kahlo, por citar algunos de los más famosos. En la actualidad es una zona con importantes instituciones culturales (museos) y educativas, lo que la ha hecho merecedora a que le llamen el "corazón cultural de la ciudad de México". En este proceso de incorporación a la ciudad, sin embargo, su fisonomía ha cambiado. Se ha densificado la construcción y la mayoría de sus habitantes no son originarios del lugar (véase Safa, 1995).

La cercanía de Los Reyes al Centro Histórico de Coyoacán ha hecho que varias compañías inmobiliarias hayan comprado grandes extensiones de terrenos para la construcción de condominios horizontales destinados para una población de ingresos altos y medios. Los Reyes, antes de la construcción de estos condominios horizontales, era un pueblo de casas rodeadas de huertas y corrales, y de vecinos que se conocían de toda la vida. Este pueblo, de callejones y calles estrechas, no se adapta a los automóviles; se construyó para ser recorrido a pie o a caballo. El medio ambiente rural, cuando Los Reyes era un pequeño pueblo alejado de la ciudad, es el elemento dominante de la narrativa de la identidad local y al mismo tiempo, y de manera contradictoria, es lo que lo hace atractivo para el desarrollo de proyectos inmobiliarios, sobre todo por su ubicación estratégica (en la zona central de la gran ciudad, y con fácil acceso a vías rápidas de comunicación). Con la llegada de los nuevos pobladores, sin embargo, las grandes huertas están desapareciendo y los automóviles tienen serios problemas para circular. Los

³ En 1950, el 27.9 por ciento de la población se dedicaba a los servicios, a la industria de la transformación el 21.4 por ciento, el 7.8 por ciento a la construcción, el 2.7 por ciento a la industria extractiva, al comercio el 13.2 por ciento y a la agricultura el 26.7 por ciento (véase Suárez, 1961: 85).

⁴ A principios de siglo, Coyoacán tenía aproximadamente 7 mil habitantes, en 1910, 17 mil, en 1930 casi 25 mil y en 1950, 70 mil habitantes. Entre 1950 y 1960 el aumento de la población fue espectacular. En 1960 vivían en Coyoacán 170 mil personas, lo que representaba el 22 por ciento de la población total del Distrito Federal. De esta población, el 79 por ciento era considerada urbana y la mayoría vivía en la Villa de Coyoacán (63.3 por ciento) (véase Suárez, 1961: 81 y Aceves 1988: 112).

nuevos vecinos tampoco aprueban algunas costumbres locales, por ejemplo, se oponen a las celebraciones porque “causan muchos ruidos con sus cohetes”, “porque cierran las calles durante las fiestas y no pueden sacar sus automóviles”, porque la población originaria “acostumbra a criar animalitos y causan malos olores...”

La descripción que hace don Margarito de cómo era el pueblo en el pasado, adquiere sentido en este contexto de transformación que ha sufrido el pueblo. Los cambios en el uso y propiedad de la tierra han causado serias tensiones y conflictos entre la población originaria y los nuevos habitantes, pero también en el interior de la comunidad. Algunos de ellos son partidarios de vender los terrenos por el valor que han adquirido en el mercado urbano; otros, por el contrario, consideran que al vender los terrenos se está perdiendo el elemento central de su identidad grupal.

La identidad local: un discurso homogeneizador y excluyente

Los nombres de los callejones han sido los siguientes: callejón de las Flores, Ateneo, Tlacomulco, Santiago, Plazuela de Los Reyes, Chacalco, Profesora Reza Tecla, Cruz Verde, Texomulco, Granadilla, Montserrat y Temazac. Los apellidos de las personas que eran más mencionadas en ese tiempo eran los siguientes: los Belmont, Espíndola, Suárez, Luna, Vargas, Llanos, Flores, Rivas, Bravo, Molina, Gamboa, Vásquez, Hernández, Romero, Martínez, Ramírez, Flores, Nájera, Torres, Dueñas, Gutiérrez, Gandía, Ibañez, Ruiz, Velázquez, Vivas, Viruega, Velazquillo, Mendibil, Peña, López, Sandoval, Núñez... (*Historia del pueblo de Los Reyes, Coyoacán, D.F., cont.*)

Para don Margarito, la identidad local se arraiga en *los lugares*⁵ y el parentesco. El pueblo, sus calles y callejones, la plaza, la iglesia y su atrio son referentes importantes. Estos lugares tienen historia y la gente puede recordar, a través de ellos, viejas anécdotas personales y colectivas. Nombrar los lugares y a las familias originarias es una manera de delimitar los espacios sociales y físicos, base de la identidad local. Ser originario de Los Reyes es un derecho que se hereda a través de la sangre y la tierra. El cambio de la propiedad y la llegada de nuevos pobladores son dos fenómenos que han puesto en riesgo la integridad del

grupo. En este contexto es donde cobra sentido el discurso en el que se asume la unidad territorio-población, aunque en la realidad la pérdida del territorio y la heterogeneidad de sus habitantes sea lo que hoy en día los caracteriza. Sin embargo, frente a la heterogeneidad y la pérdida, don Margarito asume la unidad y la permanencia como condiciones para la construcción de la identidad local. En este sentido la historia se arregla, se seleccionan acontecimientos, se elige lo digno de ser narrado y se omite y excluye de manera deliberada los sucesos que pongan en entredicho al narrador o que no sean relevantes para el autor (Portelli, 1981: 99). Cuando don Margarito escribe sobre los lugares y las familias originarias de Los Reyes excluye otros lugares y familias. Las identidades sociales suponen el autorreconocimiento de un “nosotros” frente a los “otros” (véase de la Peña y de la Torre, 1994: 25; Giménez, 1994: 170), privilegiándose los elementos unificadores a costa de la negación de la diversidad del grupo (Díaz Cruz, 1993: 64). De esta manera es como se proclama en los textos la identidad local.

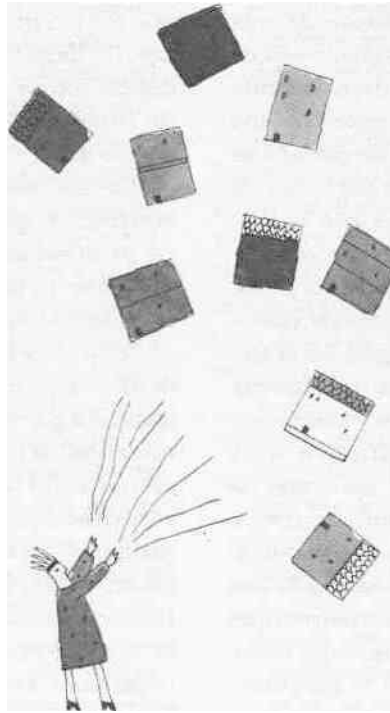
La identidad como estilo de vida

En frutas se me había olvidado mencionar los chabacanos, duraznos, pitallas, choconoxtles, los capulines. Los callejones eran cerrados con cactus y los demás eran cercados de piedra. En ese tiempo toda la gente se transportaba andando en el oficio de este pueblo que era de hacer coronas para los difuntos. Y como les dije antes se sembraba muchas verduras, muchas flores, muchas higueras. El modo de vestir de la gente era: los hombres calzón blanco y huaraches, las mujeres vestían de chiquihuite y tapisalto, saco de colores de muchas luces bordados. Se alumbraban de parafina o bien con quinqués de petróleo. Las misas de la iglesia eran a las cinco de la tarde los días domingo. El transporte en ese tiempo no había ninguno. Todos caminábamos. También había en las orillas de las chinampas harto árbol de sauz o huejotes, llorones y bastante pirul. A las ocho de la noche en los pirules andaban muchos cacomiztles, tlacuaches, zorrillos y en las casas se criaban muchos zincuates, o sea víboras. En las cercas de las casas se encontraban tarántulas y alacranes. Todos estos animales se criaban por haber poca gente (*Historia del pueblo de Los Reyes, Coyoacán, D.F., cont.*)

⁵ Irwin Alunan y Ervin H. Zube (1989) consideran que un espacio se convierte en *lugar* cuando adquiere un significado para las personas. Un lugar tiene “sentido” cuando podemos diferenciarlo de otros lugares. Las personas se vinculan a los lugares gracias a procesos simbólicos y afectivos que permiten la construcción de lazos y sentimientos de pertenencia (véase p. 2).

Uno de los puntos centrales para entender la estructura de este texto son los elementos que se repiten en el relato. Son eventos tan importantes que se tienen que contar una y otra vez (véase Bruner y Gorfain, 1983: 56). Recordar cuando Los Reyes fue un pueblo de agricultores indígenas es regresar al pasado, al origen, a las tradiciones, base de la identidad local.

En las primeras décadas de este siglo la ocupación tradicional de la gente —campesinos y jornaleros agrícolas— comenzó a cambiar. En esta época se instalaron en Coyoacán algunas industrias —refresquera, extractiva, papelera, entre otras— (véase Ramírez Kuri, 1985 y Aceves, 1991) que ofrecieron nuevas fuentes de trabajo para



la población local. Este fue el caso, por ejemplo, de la Fábrica de Papel Coyoacán, que abrió sus puertas en 1925 (el año pasado fue declarada en quiebra) y que buscó contratar sobre todo a la población que vivía en los antiguos barrios y pueblos de Coyoacán. Los obreros entraban a trabajar en la fábrica a través del parentesco y el compadrazgo. El crecimiento de la población por la llegada de nuevos pobladores que venían de la Ciudad de México buscando terreno barato para construir sus casas, como los que ofrecía Coyoacán en esa época,⁶ también generó nuevas oportunidades de empleo para los habitantes locales. Los campesinos y jornaleros agrícolas fueron abandonando el campo para contratarse como albañiles, empleados de gasolineras, panaderías, carnicerías, pulquerías, farmacias, papelerías o tiendas de abarrotes, servicios requeridos para la cada vez más numerosa población urbana (Aceves, 1991: 296). Los antiguos oficios vinculados a la tierra, como es el caso de los floristas que arreglaban coronas y portadas para las fiestas populares, o los comerciantes que salían a vender la producción local al mercado de Coyoacán, Mixcoac o al mercado de la Merced en la Ciudad de México, fueron desapareciendo. Solamente unas cuantas personas permanecieron en ocupaciones tradicionales como es el caso de antiguos oficios vinculados a las celebraciones y fiestas populares: coheteros, floristas y hacedores de andas y portadas.

Don Margarito tuvo dos hijos. El mayor estudió la licenciatura en derecho y trabaja en una oficina del gobierno de la ciudad. El hijo menor, Mario Ramírez, heredó el oficio de su padre: mayordomo de portadas de la fiesta del Señor de las Misericordias. Él nos comentó que asumió “esta herencia” como un regalo de Dios y de su padre, como un “don” en la medida en que “la creatividad y la inspiración es algo que no todos tienen”. Cuenta que por las noches sueña lo que debe hacer y el mensaje que debe transmitir en sus arreglos. Es Dios, afirma, quien le dice qué hacer y cómo hacerlo. Comenta que las nuevas generaciones no quieren aprender este trabajo porque es muy pesado y mal pagado. Sin embargo, Mario Ramírez es muy respetado en Los Reyes porque gracias a él, cada año, para las fiestas del Señor de

las Misericordias, la comunidad puede contar con las portadas de flores para adornar las calles de la procesión y el atrio de la iglesia. También acuden a él la gente de otros barrios y pueblos para que les elabore las andas y portadas que son tan importantes para las celebraciones populares. Los antiguos oficios son simbólicamente muy valorados pues de este trabajo depende que las tradiciones continúen. Puede cambiar la ocupación de la población o la fisonomía del lugar pero no así el significado de las tradiciones y de las relaciones vecinales que hacen posible la permanencia del grupo. En los momentos en que don Margarito recuerda cuando “éramos pocos y nos conocíamos” hace referencia al ahora cuando: “somos muchos y no todos son del pueblo”. Es en esta tensión donde las nuevas generaciones tendrán que definir y redefinir nuevas formas de identidad, como un texto en constante producción, dinámico y nunca acabado.

Rituales y tradiciones: escenarios de la identidad

Las fiestas dedicadas a los Santos Reyes, siempre se han hecho con sus costumbres o sea tradiciones

⁶ En la actualidad, los terrenos urbanos del Centro Histórico de Coyoacán son de los más caros de la Ciudad de México. En esa época eran baratos por encontrarse en las afueras de la ciudad.

diferentes pueblos también ubicados en la ciudad de México y, la mayoría, en la delegación Coyoacán. Varios meses antes de la celebración la imagen del Señor de las Misericordias visita a estos pueblos, que la reciben con una fiesta local. Permanece una semana en cada lugar. Cada visita se realiza con una procesión que va recorriendo las calles de la ciudad de México hasta llegar al siguiente pueblo. La última visita del Señor de las Misericordias es al pueblo de La Candelaria, vecino de Los Reyes. El día de la fiesta los habitantes de La Candelaria y de Los Reyes elaboran una alfombra de flores en los límites de los dos pueblos para la ceremonia de la entrega de la imagen. A este evento asisten todos los pueblos que visitó el Señor de las Misericordias. Cada uno lleva en andas a su Santo patrón. Al terminar la ceremonia de la entrega, todos juntos inician una procesión a la iglesia de Los Reyes donde, después de una misa, se realiza una fiesta popular para celebrar la llegada del Señor de las Misericordias.

Las tradiciones cobran fuerza gracias al reconocimiento de los pueblos que asisten y participan en la celebración. En otra historia que escribió don Margarito sobre el origen de la Fiesta del Señor de las Misericordias como toda narración que busca relatar el origen de la identidad del grupo, se propone explicar por qué el pueblo de Los Reyes es el anfitrión de esta fiesta regional:

El pueblo de Los Reyes, Coyoacán, o sea Cáhuac que quiere decir peña rodeada de agua según pláticas de nuestros abuelos y señores de edad del pueblo de Zapotitlán, delegación Tláhuac, D.F. y los señores de edad del pueblo de Los Reyes, Coyoacán, D.F. (*Historia de la Fiesta del Señor de las Misericordias*).

En la historia sobre el pasado de Los Reyes, don Margarito afirma que no se conoce el origen de las tradiciones. En la segunda historia, sin embargo, elabora otro tipo de discurso para crear y recrear el origen de las tradiciones y de la identidad local. En la medida en que nadie puede recordar su origen, su autoridad como narrador se logra por la capacidad que tiene de recordar lo que los ancianos y personas mayores han dicho sobre el origen de las mismas:

Según pláticas de todos estos señores en una ocasión la imagen del Señor de las Misericordias se encontraba ya muy viejita y decidieron traerla a reconstruir o retocar. Pero en ese tiempo en la Taxqueña había un tinacal donde se vendía nuble, o sea pulque. Estos señores allí descansaron a la imagen y se metieron a beber dicho líquido.

Cuando salieron la imagen ya no estaba. De esa manera fue como perdieron a dicha imagen (*Historia de la Fiesta del Señor de las Misericordias, cont.*).

Al relacionar los dos textos vemos que don Margarito logra, por un lado, explicar lo importante que es que los otros pueblos reciban al Señor de las Misericordias y participen en esta fiesta local; al mismo tiempo, y de manera paradójica, su participación supone una pérdida para las otras comunidades en la medida en que gracias a un descuido la imagen ya no les pertenece:

Dicen que a un lado de la Taxqueña hay una magueyera muy grande. En la magueyera raspaba un tlachiquero que escuchó llorar a un niño. Se dedicó a buscar y encontró a un ancianito que le dio una carta para que la entregara al párroco de Coyoacán. Este señor obedeció y se fue a entregar este documento. No se supo lo que le mandó decir. Platicaban estos señores que el párroco mandó citar a todos los representantes de los pueblos que en ese tiempo pertenecían a la parroquia de Coyoacán, D.F. y les dijo que fueran al lugar citado a la Taxqueña y que fueran pasando por representantes de cada pueblo a cargar la imagen. Ninguno pudo levantarla del lugar donde se encontraba. Dicen que faltaban los del pueblo de Los Reyes. Fue cuando ordenaron que pasara la comisión de dicho pueblo. Cargaron a la imagen y de esa manera fue como se trajo. Porque fue una cosa que no se les dificultó a la comisión del pueblo de Los Reyes. Por eso, desde ese tiempo, al Señor de las Misericordias se le venera con mucho entusiasmo, amor y bastante devoción (*Historia de la Fiesta del Señor de las Misericordias, cont.*).

La función de las narraciones que buscan reconstruir el origen de las tradiciones —historia II—, es generar símbolos y significados susceptibles de ser interpretados. La historia I, en cambio, apela a la historia y a la geografía para su confirmación. Las historias que buscan recrear un pasado común susceptible de ser confirmado o negado por la comunidad adquieren fuerza a la luz del mito. Las narraciones de origen, en cambio, se apoyan en estas otras historias que “buscan reconstruir hechos de la vida real” para su aceptación y explicación. El diálogo entre estos dos tipos de historias y entre las distintas voces que narran y comentan las narraciones permite su comprensión y discusión, es decir, la producción de significados y, en algunos casos, su reescritura (Bruner y Gorfain, 1983: 57).

El mito permite a la historia incluir otro tipo de argumentos, como la fe y los milagros, que confirman su importancia como documento testimonial:

criollos. En esa época, coincidía con bastante precisión la identidad social y el territorio. Esto no significaba, Sin embargo, un encapsulamiento de la comunidad. Los habitantes de Los Reyes, durante el siglo XIX, por ejemplo, trabajaban sus tierras, pero también eran jornaleros en las haciendas de Coyoacán o salían a vender sus productos a la Villa de Coyoacán o a la ciudad de México. Es decir, el pueblo y sus habitantes formaban parte de un entramado de relaciones sociales, económicas y políticas más amplias. Don Margarito habla del carácter de estas relaciones, a veces tensas, a veces tolerantes, a veces en conflicto: “no ha existido ningún obstáculo de las autoridades eclesiásticas ni del gobierno”. Quisiera narrar algunas anécdotas que se cuentan de don Margarito, cuando era representante del pueblo ante las autoridades delegaciones, para lustrar cómo algunas veces la comunidad establece relaciones y negocia con esos “otros”, autoridades civiles y eclesiásticas, que tienen injerencia en la vida de la comunidad. Cuando les pregunté a los dos hijos de don Margarito cómo era él cuando vivía me contaron lo siguiente:

Cuando nuestro padre era subdelegado, porque fue subdelegado del pueblo durante casi 16 años, controlaba muy bien a la gente. Les ayudaba mucho. Anteriormente se acostumbraba beber pulque. Se vendía aquí en el pueblo. También en esa época se acostumbraba tener animalitos. Cuando era subdelegado le tocó el problema de la fiebre aftosa. El delegado lo mandó llamar y le dijo que tenían que matar a todos los animales y que por lo mismo al día siguiente llegarían al pueblo los de Salubridad. Él llegó ese día y les dijo a todos que llevaran a sus animalitos al monte para esconderlos para que no se los mataran. Mucha gente llevó sus animalitos a los Pedregales. Así lograron salvar sus animales. A las pulquerías se les llamaban tinacales. Un día iban a venir a clausurarlas porque allí se vendía pulque clandestino. Mi padre les avisó y les dijo “no vendan porque van a venir a clausurarles...” Si había algún muerto por pleito siempre decía “fue un accidente, aquí no pasó nada...” Cuentan que un día el delegado le dijo: “Don Margarito tú nunca traes a tu gente para meterlos a la cárcel y así sacarles dinero...” Él contestó: “mire señor delegado,

usted está aquí un tiempo y se va... yo tengo el compromiso con el pueblo, yo vivo en mi pueblo y yo no voy a perjudicar a mi gente por traerle dinero a usted...” El delegado se rió y le contestó: “Don Margarito, con usted no se puede...” Nuestro padre era un tipo especial. Un día llegó a la plaza de Coyoacán muy borracho y amarró su caballo a un árbol. El caballo hizo sus necesidades en plena plaza. El delegado salió y vio a su caballo y la suciedad que había hecho. Lo mandó llamar y le dijo: “Don Margarito, tú y tu caballo se van pa’ la cárcel por perturbar el orden...” y se moría de la risa. Se caían bien.

La mayoría de la gente de Los Reyes pertenece al PRI. Como ellos dicen, “son ciudadanos” porque pagan sus impuestos, porque acuden a votar y colaboran con trabajo y dinero para las obras de mejoras de la comunidad. Sin embargo, la relación con el gobierno no es incondicional. Por el contrario, como ellos afirman, “no somos borregos”, “exigimos nuestros derechos y criticamos” y “negociamos pero de acuerdo a nuestras tradiciones”. Por ejemplo, se quiere que el representante vecinal sea una persona “con educación”, “que sepa hablar y negociar con las autoridades” pero, al mismo tiempo, que participe en el cabildo para que sea allí donde se traten y discutan los problemas para que la comunidad sea quien decida cómo actuar. Algunas autoridades simpatizan y los apoyan más que otras, aunque todas son invitadas a la celebración. Las autoridades apoyan el evento con dinero, prestan el sonido y la tarima para el baile, les dan permiso para cerrar las calles, asignan policías para cuidar el orden, etcétera. La relación con las autoridades en algunas ocasiones es tensa y poco tolerante. Con el problema de los nuevos condominios, los vecinos acusan a los mismos vecinos de vender sus terrenos a las compañías inmobiliarias, pero también a las autoridades de otorgar los permisos de construcción. De hecho, las autoridades de la delegación ven con buenos ojos los cambios que se están dando en el pueblo. El ingeniero Jasso, subdirector de Planeación de la Delegación Coyoacán, por ejemplo, explicaba que en términos urbanos era cuestionable una política de “preservación” de los pueblos: “sería como crear una reservación como la que inventaron los gringos para la población

